

» de sucumbir en el camino (1). Volvíme hácia el Papa y le vi sentado en el sofá, cansado de tantas fatigas y sufrimientos.»

A poco de la llegada del Santo Padre, vino á la Cartuja un caballero de la corte de Elisa Baciocchi Bonaparte, gobernadora general de Toscana, á cumplimentarle y ofrecerle sus servicios (2). Pio VII se hallaba tan abrumado de cansancio, que casi sin levantar la cabeza pronunció unas palabras que apenas fueron oídas. En vista de esto, el cardenal se adelantó y en nombre del Pontífice dijo al caballero se sirviera dar las gracias á la princesa, asegurándole que en el caso de necesitarlos el Papa admitiría sus ofrecimientos. No tardaron en decir á los presos que podían descansar tranquilamente, pues ni para aquel día, ni para el siguiente, que era domingo, había orden de marcha. Con esta esperanza se retiraron, despues de una espléndida cena, á los aposentos que se les habia designado, deseando descansar y reponerse del sueño perdido en las tres noches anteriores. Mas apenas hacia dos ó tres horas que estaban acostados, cuando á lo mejor del sueño despertaron al cardenal para decirle, que acababa de llegar de Florencia un coronel de parte de la princesa Elisa, que al momento queria que se levantara, é hiciesen levantar al Santo Padre, porque iba á trasportarlo, sin decir á dónde, en una carroza que habia traido, sin darle tiempo siquiera de celebrar ni oír misa. «Aturdido me quedé, prosigue el cardenal Pacca, con esta noticia, y agitado de mil pensamientos. Levantéme apresuradamente, y al pasar á la estancia del Santo Padre, me encontré con el oficial que habia venido (llamábase Mariotti), y con una porcion de

(1) El abate Baldassari (*Hist. del rapto y cautiverio de Pio VI*, p. 417) refiere que esto sucedió, no en la Cartuja de Florencia, sino en Parma.

(2) *Memor. del cardenal Pacca*, t. 1, p. 169-172. M. Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 237.

» gendarmes. Confirmáronme lo que se me habia dicho, y además añadieron, que no debía acompañar al Pontífice, sino que me reuniria con él en Alejandria, á donde me conduciría, pasando por Bolonia, un oficial de gendarmes. Esta orden de separacion me hizo presentir inmediatamente lo que sucedió despues. Mas no me afligia tanto este sentimiento como la idea de abandonar al Papa en manos de unos militares desconocidos, y hasta sin saber si estos dejarían que le acompañase alguna persona que pudiera asistirle. Pasé al aposento del Santo Padre y le encontré estraordinariamente abatido. Su rostro tenia un color como verde y presentaba todos los síntomas de un hombre abismado en el mas profundo dolor. Al verme, dijo: «Estamos persuadidos que estos hombres tratan de hacernos morir abrumándonos de cansancio: prevemos que no nos será dado sostener por mucho tiempo tal género de vida.» Traté de consolarle como pude, aunque en realidad yo mismo me hallaba muy necesitado de consuelo; y por último, le anuncié que se me habia comunicado la orden de separarme de su sagrada persona. Parecióme que en su bondad el Santo Padre habia quedado profundamente afligido con esta noticia. No tuve tiempo de hablar mas porque llegó Mariotti, que obligó al Pontífice á ponerse en marcha. Yo le acompañé hasta el carruaje, y como es de suponer me volví á mi estancia lleno de dolorosa agitacion.»

Habiase dado la orden de hacer marchar al Papa hácia Alejandria, y apenas tuvo tiempo de pedir un Breviario al prior de la Cartuja. Su viaje á aquella ciudad duró siete dias, desde el 9 al 15 de julio. En una de las primeras jornadas ocurrió que una multitud de aldeanos se habian agrupado alrededor del carruaje y pedían la bendicion: el comandante no tuvo mas remedio que detenerse y permitir que el Santo Padre se la diera. Despues de haber

dado fin á este tan breve como interesante acto, el Papa pidió á uno de los que estaban puestos aun de rodillas que le trajera un poco de agua fresca: toda aquella muchedumbre se puso en pié: unos corrieron á detener los caballos, otros se pusieron delante de los gendarmes y otros corrieron desalados hácia unas cañas dando gritos de alegría (1). Presentaron á Pio VII toda clase de refrescos, y le fué preciso ir tomando de todos, ó por lo menos tocando lo que le presentaban; pues cada cual gritaba: «Yo, yo, Santísimo Padre; tomad lo mio!» — «De todos!» exclamaba el Pontífice con los ojos arrasados de lágrimas. Al arrojar dentro del carruaje frutas las mas hermosas hubo un aldeano que con solo estas dos palabras enérgicas y terribles *Vuole? dica!* (Quereis? decid!), propuso al Pontífice rechazar los soldados y ponerle en libertad; pero Pio VII con un verdadero acento de ternura y de súplica pidió que se abstuvieran de todo acto de resistencia, y se puso nuevamente en manos de su conductor, que en el momento mandó emprender el camino en direccion de Génova. Un poco mas adelante el Pontífice se halló separado de su bagaje, y sofocado de tal manera por el calor, que tuvo que pedir una camisa prestada al primero que se presentó. Un aldeano se la ofreció en el acto, y besando luego arrebataadamente la mano que acababa de bendecirle, quitó de la manga del Papa un alfiler, que se llevó como una rica prenda de aquel préstamo.

Tres cuartos de legua antes de Génova se presentó otro comandante de gendarmería, llamado Boisard, destinado á reemplazar á Mariotti. Con este vinieron dos literas, en una de las cuales colocaron al Pontífice y en la otra al prelado Doria: el resto de la comitiva tuvo que hacer

el viaje á pié. En este orden se fueron acercando á la orilla del mar: allí montaron todos á bordo de una falúa, y al cabo de algunas horas se encontraron al amanecer al otro lado de Génova, en San Pedro de Arena. Allí se tomó el camino de la Bocchetta, hácia Novi, para llegar á Alejandria, donde estaba ya el cardenal Pacca, que no pudo alcanzar el permiso de visitar á Su Santidad. Una especie de calentura nerviosa que el Papa padecía desde el dia de su arresto, se fué disminuyendo poco á poco. A los tres dias la triste comitiva emprendió el camino de Mondovi. En esta ciudad la solicitud del pueblo tomó un carácter mas pronunciado: salieron las órdenes religiosas á recibir procesionalmente al Papa y le acompañaron. Los piemonteses, con la vista clavada en los gendarmes, proponían con toda clase de gestos y de palabras dar libertad al Papa. «Cuanto mas nos aproximábamos á Francia, dice el primer ayuda de cámara Moiraghi, tanto mas se iba aumentando el entusiasmo.» En la primera poblacion francesa procuraron las autoridades de los pueblos inmediatos acercarse cuanto pudieron al coche, y á pretexto de hacer mantener el orden, se apoderaron de la mano del Pontífice, cubriéndosela de besos, consolándole y compadeciéndole. Pio VII decía: «¿Podría Dios mandarnos que nos mostráramos insensibles á estas señales de afecto?» y les daba las gracias con dignidad y modestia. En el hospicio del Monte-Genis pudo ver al cardenal Pacca, el cual se reunió luego con él y entraron juntos en Grenoble en el mismo carruaje; pero al llegar fueron llevados á distintos alojamientos sin permiso de poderse ver (1), y aun el 4.º de agosto fué conducido el cardenal á Fenestrelles, en donde con tres años y medio de cautividad expió el crimen de haber sido fiel á su soberano. En

(1) Mr. Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 242-244.

B. del C., tomo XXIII.—X.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo VIII.

(1) *Mem. del card. Pacca*, t. 1, p. 176.



Grenoble fué donde se encontraron las dos únicas resistencias que Napoleon halló en el continente: la España y la Santa Sede (1). La heroica guarnición de Zaragoza se hallaba prisionera de guerra en aquella ciudad, y así que supo la llegada del Pontífice, pidió poder salir á recibirle. En el momento en que se avistó el carruaje del Papa, pusieronse todos de rodillas, y el Pontífice, sacando casi todo el cuerpo fuera del carruaje con un rostro radiante de satisfacción y de ternura, derramó sobre aquellos héroes, tostados por las fatigas, una inmensa bendición. Toda la ciudad de Grenoble imitó el respetuoso movimiento de los españoles. Hasta Gerard, consejero de la prefectura, que hacia las veces de prefecto, recibió al Pontífice con un sentimiento de respeto. Habiéndole dicho este al Pontífice al día siguiente de su llegada que si quería pasear estaban dispuestos los carruages, Pio VII respondió: «Si esos carruages deben volvernos á conducir á Roma, subiremos á ellos para hacer lo andado; mas en el estado de prisionero en que nos vemos, no es cosa de salir á pasear.»

Era tal la multitud de piadosos aldeanos que pedían la bendición que fué preciso escoger un local espacioso en cierto jardín á donde de tiempo en tiempo se admitía á las personas que venían á saludar al Papa. Solo el obispo era excluido de este privilegio, pues siempre se le daban mil excusas para no recibirle: unas veces el Pontífice estaba indispuerto, otras le decían que habia venido demasiado tarde. Allí se le presentaron los vicarios generales del cardenal Fesch, ofreciendo al Pontífice toda clase de servicios y mas de cien mil francos en billetes. Pio VII agradeció este valeroso rasgo de respeto. Gerard estaba convidado el

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, pág. 245-246.

dia 30 de julio para asistir á un banquete; sin embargo, dió licencia al Papa para bajar al jardín, mas el día anterior se habian manifestado en el pueblo algunos síntomas de insubordinación: la gente que habia recibido la bendición queria volver á entrar, y la audiencia que el Pontífice les daba se iba prolongando algunas horas y el tiempo empezaba á faltar. No quiso pues Pio VII por prudencia presentarse en el jardín el día que Gerard tuvo que estar ausente; pero de resultas de esto hubo una especie de motin.

En aquel extraordinario concurso de pueblo, en aquellos testimonios y actos de veneración y de respeto para con el Soberano Pontífice, habia realmente algo de prodigioso y aun no tendremos reparo en decirlo, algo de sobrenatural (1). Hacia ya muchos siglos que en Europa no solo los países donde dominan las sectas separadas de la Iglesia romana, y en los cuales el error y la preocupación adquiridos desde la cuna impulsan á los escritores á declamar contra Roma y contra los Papas, sino hasta en ciertos países católicos, particularmente en Francia, se escribia, y escribe aun con acrimonia contra aquella metrópoli del cristianismo, representándola como la antigua Roma, tiranizando el mundo, aunque de distinto modo: se desacredita con imposturas al clero romano y se presenta con el colorido mas negro á los ojos del público todos los actos de los Soberanos Pontífices. Parece pues que atendido el modo con que generalmente acostumbra los hombres formar sus juicios, debia hallarse tan escitado el odio contra la Santa Sede y los Papas, que los pueblos debían huir de su presencia, como se huye de un monstruo, vomitando contra ellos imprecaciones é injurias. Sin embargo, precisamente sucede todo lo contrario; pues apenas

(1) *Memor. del cardenal Pacca*, t. 1, p. 181-182.

los Pontífices Romanos aparecen en países extranjeros, sea viajando como soberanos al modo de Pio VI en Alemania en 1782, y Pio VII en Francia en 1804, ó sea rodeados de gendarmes y conducidos de prision en prision, como á los mismos Pontífices les sucedió en Italia y en Francia, al momento las villas y las ciudades se despueblan con un movimiento espontáneo y unánime; provincias enteras salen á su encuentro, impacientes por verlos y por recibir su bendición, y les dan todas las señales de una religiosa veneración. Claro está, pues, que en esto hay algo de sobrenatural.

Repentinamente llegó la orden de trasladarse á Valencia de Francia; y no se permitió al Papa visitar el monumento levantado á Pio VI (1).

Desde allí debían pasar á Aviñon, ciudad que habiendo pertenecido á la Santa Sede y no habiendo sido incorporada á la Francia hasta despues de la revolucion, conservaba un profundo sentimiento de adhesión hácia el Romano Pontífice. Así es que todos sus habitantes, sin distinción de edad ni sexo, al llegar Pio VII se agolparon al rededor de su carruaje, que estaba detenido en una plaza, saludándole con gritos de alegría: algunas señoras y personas de primera distinción compraron á peso de oro el poder acercarse á las portezuelas del coche. Boisard mandó á los soldados que separasen á los importunos; pero como los soldados eran pocos, no podían hacer uso de sus armas. Sabiendo el comandante que una multitud de pueblo de las inmediaciones de la ciudad venia por el camino de Carpentras, y que las villas de todas las riberas del Ródano languedociano se precipitaban en torrentes como á una cruzada, mandó cerrar las puertas de la ciudad. Ya se habian entablado diá-

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 1, pág. 246-249.

logos entre la servidumbre del Pontífice y la multitud. Un hombre de noble aspecto y vestido elegantemente, se acercó á Moiraghi y le dijo: «Caballero, ¿es cierto que el Papa ha excomulgado á Napoleon?» — Moiraghi contestó, «no puedo decíroslo.» — «Basta, replicó el preguntante; basta para mí.» El coronel Boisard llegó por último á romper por entre la multitud: llevaba en la mano dos pistolas cargadas, de las que se hubiera guardado bien de hacer uso. Mandó á los postillones ponerse en marcha é hizo salir de la ciudad al Papa.

En Aix ocurrieron iguales escenas. La Provenza entera dió las mismas señales de piedad. Ibanse aproximando á Niza, y se decía que Pio VII iba á ser conducido á Savona.

Niza hizo preparativos para recibir con festejos al Pontífice. Cuando este llegó al puente del Var, se apeó del carruaje para atravesarle á pie. Al otro lado se le presentó á la vista un espectáculo extraordinario; eran todos los habitantes de la ciudad, pero no en una masa confusa de clases y estados, como en Francia. Aquí todo se habia previsto; las situaciones eran distintas, cada condicion ocupaba su rango: los eclesiásticos estaban vestidos con sus trajes sacerdotales; los nobles, con sus uniformes y condecoraciones; diez mil personas estaban de rodillas sin proferir una sola palabra. El Pontífice, animado á vista de tan insigne testimonio de respeto, se adelantó solo, deteniendo á su escolta con solo una señal. En frente del puente vió de rodillas á la religiosa reina de Etruria entre sus dos hijos. «¿Qué diferencia de tiempos!» dijo la reina. — «No es todo amargura, contestó el Santo Padre; cierto es, hija mia, que no estamos en Florencia, ni en Roma; pero mirad este pueblo; escuchad actualmente sus trasportes.» El Papa volvió á subir al coche. Las calles de Niza estaban cubiertas de flores, y durante la permanencia del Pon-



tífice, hubo iluminación todas las noches. Boisard comprendió que en semejante situación no podía el Pontífice ser considerado como un prisionero de Estado, y dió licencia para que los eclesiásticos y los habitantes de la ciudad que se presentaran á verle, pudieran hacerlo. Por la noche se cantaban á música himnos sagrados alrededor de la casa del Pontífice. El comandante de la escolta se proponía continuar el viaje por un camino menos frecuentado al través de las montañas; pero una señora tuvo la ingeniosa idea de hacer iluminar el camino por la noche colocando faroles encendidos en todos los árboles. Este ejemplo fué imitado en toda la cordillera del Ponent por orden de las personas piadosas, y algunas veces hasta por la de las autoridades municipales.

Pio VII fué recibido en Savona en casa del jefe de la familia Santon, en donde permaneció cuatro días. Al quinto se dió orden al obispo de la ciudad de desocupar su palacio para que quedase enteramente á disposición del Papa y de su comitiva. Sin embargo, no designaron al Santo Padre para su uso particular mas que un aposento y una pequeña antecámara; pero dejaban que convidara á quien quisiera á la suntuosa comida que le servían, y el conde Salmatoris, maestro de ceremonias, se presentaba diariamente al Papa á tomar órdenes. Daban también mensualmente cien *luis* á cada familiar del Pontífice, y se permitía que el administrador de correos entregara al Pontífice la correspondencia que venía á su nombre.

El prefecto del departamento de Montecotte estaba encargado de sondear las disposiciones de Pio VII, á quien decía que la intención del emperador era separar totalmente lo espiritual de lo temporal, y que sobre este particular era imposible que cejase; pero que lo temporal no debía ser un obstáculo absoluto para la paz de la Iglesia. Pio VII solía contes-

tar: «Hemos jurado defender lo temporal *usque ad effusionem sanguinis*, y como no tenemos mas armas que las espirituales, hemos tenido que usar de ellas como nuestros predecesores. Ninguno de estos se ha visto reducido al extremo que Nos. Alguna vez han ocurrido desavenencias: Clemente VII sufrió mucho; pero todo se arregló en pocos meses, y ya hace años que duran estos disgustos actuales. Se ha dispersado al Sacro Colegio y nos han arrebatado de nuestro palacio; semejantes violencias no son tolerables y será preciso una reparación para la Santa Sede. Si S. M. no puede ceder en nada, es seguro que las cosas permanecerán así mucho tiempo; mucho tiempo, es decir demasiado, porque ya somos viejos. Nuestro sucesor podrá tal vez arreglarlas: Nos le dejaremos este cuidado.» El prefecto objetaba que los bienes temporales no podían estar ligados á los intereses de la Iglesia, y que por este sacrificio que dependía, no de él, sino de las circunstancias de la Europa, el Papa podía asegurar la paz de esta. A esto replicaba Pio VII: «Que por la experiencia sabia demasiado que los sacrificios no servían de nada; que los primeros que hizo debieran haber asegurado la paz, si hubiera sido posible; que en la actualidad veía demasiado bien, por lo que pasaba, que el ataque se dirigía contra la Religión; y que como no podían atacarla de frente, porque era difícil, procuraban atacarla de flanco; que los curatos estaban reducidos por todas partes á una muy módica pensión, siendo además sus límites, así como los de los obispados, sobradamente estensos para ser administrados por un solo hombre; que nunca ni aun los mismos sacerdotes del paganismo habían estado en tal dependencia; que hasta del mismo Papa se quería hacer un Papa de los franceses; y en fin, que en medio de todos estos atentados solo Dios podía salvar á su Iglesia.» Cuando el prefecto trataba de saber lo

que haría Pio VII si volviese á Roma, el Pontífice decía que obraría según había obrado antes.

Semejantes disposiciones no eran á propósito para satisfacer á Bonaparte. Preocupado con la constancia de Pio VII, hizo llamar, á fines de noviembre de 1809, á uno de los jefes mas hábiles de relaciones exteriores, y le dictó una multitud de datos sobre los que era preciso componer una Memoria explicativa del estado de los asuntos de la Santa Sede. Este interesantísimo dictado, dice el caballero Artaud (1), manifiesta cuál era sobre este particular la turbación de su espíritu. Trátase en ese documento de todo lo que hemos referido anteriormente, de las conferencias del emperador con el Pontífice acerca de la declaración de 1682, de los informes de Portalis, y de la carta de Luis XIV relativa á la retractación. En fin, se concluye en ella con esta frase (tén-gase presente que quien dicta es el emperador): «Recapitulando todo, propongo á V. M. pase al Senado un proyecto de *senatus-consultus* que determine la reunión de los Estados romanos al imperio, y ponga á disposición del ministro de cultos un establecimiento conveniente para habitación del Santo Padre.» Después de esto, se recomendó que se formara una lista de todas las excomuniones pronunciadas por la Santa Sede, desde los tiempos mas remotos. Esta lista que en efecto se presentó posteriormente á Bonaparte, por haberla vuelto á pedir, hacia mención de ochenta y cinco excomuniones desde la de San Anastasio, en 398, contra un gobernador de Libia (2). De la última *Quum memoranda*, publicada en Roma en 10 de junio de 1809, no se hacia mención. Tampoco se hacia mención de los entredichos solicitados

por la opinión pública en Europa contra execrables malvados, entre otros contra el cruel Barnabo Visconti y otros muchos. Citábase sin reflexión la excomunión pronunciada por Celestino III en 1194 contra Leopoldo, duque de Austria, y el emperador Enrique IV, porque habían preso traidoramente á Ricardo, rey de Inglaterra, que, como cruzado, estaba bajo la protección de la Santa Sede y del derecho de gentes. En aquella lista pudo leer Bonaparte la sentencia pronunciada en 1214 por Inocencio III contra Oton IV, que había violado el juramento de su consagración é invadido los dominios de la Iglesia. Tampoco se había hecho observar que entonces, cuando se firmaba un tratado, se decía que la potencia que perjuramente faltase á sus cláusulas quedaba sujeta de hecho á una excomunión pontificia y se sometía anticipadamente á ella.

En Francia, la cólera de Bonaparte estallaba sin freno alguno, y destruía las instituciones que anteriormente había dejado levantar. Así es que un decreto de 26 de setiembre de 1809 suprimió todas las misiones, cualquiera que fuese su denominación (4), y también prohibió á los primeros pastores emplear como predicadores á los que habían sido misioneros, en atención á que «no conocían ni los hábitos ni las costumbres del pueblo ante quien predicaban, y no hacían mas que agitarlo con su celo exagerado é irreflexivo.» Aun se hizo mas; pues en 26 de octubre se prohibió expresamente á los obispos emplear en la predicación sacerdotes forasteros de la diócesis antes de que hubiesen obtenido la autorización del ministerio. Esta autorización no se podía conceder mas que á los sacerdotes que tuviesen empleo fijo, y los que ca-

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 253.

(2) M. Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 253-256.

(4) Jauffret, *Mem. hist. sobre los asuntos ecles. de Francia á principios del sig'º XIX*, t. 2, p. 311-313.



recian de esta circunstancia no podían conseguir la autorización sino bajo ciertas condiciones. A pesar de haber sido suprimidas las misiones, el abate Hanon, superior de San Lázaro, prosiguió dirigiendo las Hermanas de la Caridad según los reglamentos primitivos de su asociación; mas su intervención en el nombramiento de una superiora general en el mes de noviembre le costó ser encerrado en una prisión de Estado, y se mandó borrar de los estatutos la cláusula en que se fundaba para tener esa intervención.

En Roma, en 1.º de enero de 1840, la policía mandó apoderarse de los escritos existentes en los archivos de los tribunales y congregaciones eclesiásticas (1). Los papeles de la Penitenciaría fueron trasladados á la Data-ria y los diversos empleados recibieron orden de estar dispuestos á partir. El día 5 se pusieron sellos á los efectos pertenecientes á la Santa Sede. Apoderáronse de los sellos pontificios y en particular del anillo del Pescador que había sido entregado al prelado De Gregorio, designado por el Papa á fin de que pudiera expedir las bulas, breves, etc. Casani fué el único de todos los cardenales que quedó en Roma. Habiendo el obispo de Citta della Pieve enviado una carta favorable á las doctrinas del nuevo gobierno, Radet se creyó obligado á darle las gracias en nombre de la policía de que entonces era jefe, y le escribió diciendo: «Si el Santo Padre es el Vicario de Jesucristo, Bonaparte lo es de Dios y quiere que sepamos respetar el culto y los ministros de los altares. Cumpliremos este deber con exactitud y satisfacción, porque está grabado en las conciencias, y nunca sufriremos que se turbe el gobierno temporal de nuestro glorioso soberano.»

(1) M. Artaud, *Hist. del Papa Pío VII*, t. 2, p. 254-255.

El mismo general, que entonces retenía en su poder el anillo del Pescador, decía públicamente que si ocurría algún acto para el cual fuese necesario aquel sello, lo facilitaría en seguida; y en efecto, los expedientes que no estaban aun revestidos de esta formalidad, fueron sellados en presencia del general. El ministro de Baviera fué uno de los primeros que solicitaron este singular favor.

El emperador hizo diése el Senado un decreto ó senado-consulta el 17 de febrero para la incorporación de Roma y de los Estados pontificios al imperio francés, y para el régimen y gobierno tanto espiritual como temporal de Roma y de la Iglesia (1). Entre otras cosas decía el decreto que los Papas en el momento de su exaltación jurarian no hacer nada contra las cuatro proposiciones de la iglesia galicana, decretadas en la asamblea del clero de 1682. Cosa rara y estravagante ver al poder secular querer dictar y prescribir reglas al Gefe supremo de la Iglesia tocante á la conducta que había de seguir en el gobierno de ella; pero mas extraño aun y escandaloso es, que en el año de 1840 algunos obispos franceses se encargaran de inducir al Papa á que fuese el primero en dar ejemplo de un juramento tan ultrajante para sus predecesores. Napoleon decretó en 25 de febrero que las cuatro proposiciones de la Iglesia galicana eran comunes á todas las iglesias católicas del imperio. En seguida se quiso que fuese obligatoria la enseñanza de las cuatro famosas proposiciones. No se veía la contradicción en que se caía, pues existía ya otra ley de la constitución sobre la libertad de las diversas religiones, y que el emperador mismo había jurado solemnemente al tiempo de su coronación respetar y hacer respetar todos los cultos. Así es, que según esta ley y juramento, un ministro calvinista en el templo y un pro-

(1) *Memor. del cardenal Pacca*, t. 1, p. 260-261.

fesor de la misma comunión en las escuelas podían enseñar que la Iglesia romana era la prostituta de Babilonia, que el Papa era el Antecristo, y que el santo sacrificio de la Misa era una idolatría, en tanto que según el último decreto imperial el profesor católico no podía enseñar en las cátedras que el Papa es superior al Concilio, máxima reconocida por espacio de muchos siglos y sobre la cual no se principiaron á escitar dudas sino en la época del largo cisma de Occidente (a).

(a) Entretanto la Europa, testigo pasivo de tan extraordinarios acontecimientos; si bien veía con escándalo borrados de su mapa los Estados Pontificios, destruida la soberanía temporal más augusta y venerable, y preso en una tierra extraña al Supremo Pontífice de la Religión; la Europa, decimos, callaba; á pesar de todo eso, ante el guerrero autor de sus trastornos y bajaba el cuello para recibir su pesada coyunda. Sola nuestra España, aliada con la Inglaterra, seguía disputándole la victoria, é inutilizando sus planes de dominio universal. La insurrección general de las provincias y la humillación que las armas imperiales, hasta entonces invencibles, habían experimentado en Baden, Valencia y Zaragoza, hasta verse precisadas á reconcentrarse fugitivas en la orilla izquierda del Ebro, hicieron conocer á Napoleon que se había engañado acerca del carácter español, y le obligaron á decir mas de una vez: *la nación española manifiesta una energía que yo no esperaba; si la lucha continúa como ha empezado, el clero con sus predicaciones y cruces hará marchar contra mis ejércitos hasta el último español*. Era así en efecto, y el primer año de campaña había demostrado bastantemente lo que podía esperarse de esta nación eminentemente religiosa y celosa, cual la que mas, de su propia independencia. Pero los multiplicados reveses que sufrieron nuestras armas en 1809; el genio y actividad de Napoleon, que vino á principios de dicho año á ponerse á la cabeza de sus ejércitos; el hambre y miseria que comenzaba á aparecer en todos los ángulos de la Península; la devastación que llevaban por do quiera los invasores; la difícil posición de un gobierno provisional, todo vino á reducir á la España á fines de este año á la situación mas deplorable y lastimosa. En el territorio ocupado por los franceses, á mas de la opresión y dura esclavitud que padecían sus habitantes, con todas las demas consecuencias ordinarias de una invasión, tenían que llorar el saqueo y la profanación de la mayor parte de los templos, la persecución de toda clase de eclesiásticos, y la violenta deportación de un gran número de ellos á Francia; por manera, que no tanto parecía empeñado Napoleon en sentar á su hermano José en el trono de San Fernando, y apoderarse de todos sus dominios, cuanto en destruir las venerandas leyes y costumbres de nuestros mayores, despojar á la Religión de toda su grandeza, y abolir hasta el nombre y carácter español.

Pero este carácter, tanto más firme é invencible

No se tardó en arrebatarse también al pre-

cuanto mayor es el peligro y la desgracia que le agobia, halló en su misma energía remedio á todos los males que le aquejaban, y bajo los mismos tiros del cañon enemigo supo conservar ilesa su Religión, crearse un gobierno, consolidar sus leyes, depurar sus costumbres y hacer la guerra al tirano, hasta derrocarlo de la cima del poder, á que la fortuna y la perfidia le habían encumbrado. Mientras que el pueblo español hacia tantos y tan heroicos esfuerzos, el rey intruso José y sus ministros, que se hacían la ilusión de que la España se sometería al fin á las armas de Napoleon, expedían, bajo este concepto, varios decretos y leyes, de las que debemos mencionar algunas como pertenecientes á asuntos eclesiásticos. Por un decreto suprimió José los pocos conventos que habían quedado, incorporando sus rentas al Tesoro Real; por otra ley declaró á los religiosos capaces de heredar á sus parientes ó extraños; tratando de seducir á los españoles, dió una orden para que en todas las capitales se crease una junta compuesta del obispo y cinco de los mas principales vecinos, encargando particularmente á los prelados, como presidentes, atendiesen á las necesidades del pueblo, y haciéndoles responsables de cualquiera queja ó reclamación contra el gobierno que llegase á sus oídos. Pero el mas señalado de estos decretos fué el que declaraba vacantes todas las Sillas episcopales, cuyos legítimos poseedores habían seguido al gobierno español, y nombraba otros para sucederles. Entónces fué cuando se dió conocer el celo heroico y valor extraordinario de los mismos que fueron nombrados, y en particular del obispo auxiliar de Madrid, don Atanasio Puyal. Este digno prelado, elegido por el rey intruso para la Silla de Astorga, en lugar de su legítimo obispo don Vicente Martínez, presentóse á José, le habló con una fuerza verdaderamente apostólica de los sacrilegios y violencias que cometían los soldados franceses: desechó con la mayor constancia la mitra ofrecida, y resistió heroicamente á los ruegos y amenazas de los ministros, que llegaron hasta quererle intimidar con su confinamiento á Francia.

Al saber en las vastas regiones de la América española la invasión que sufrían los hermanos de la metrópoli, esmeráronse todos sus habitantes, y particularmente todo su rico clero, en socorrerlos por medio de cuantiosos donativos, cooperando así á la defensa contra el enemigo comun. Con efecto, en los primeros momentos de la insurrección de España todas las colonias habían manifestado el mayor celo, habían continuado obedeciendo los actos del gobierno, y probádole su adhesión con la liberalidad de sus contribuciones; pero cuando los buques procedentes de Europa les anunciaron nuestras derrotas y desastres, restrióse el espíritu público, y seducidos los americanos por algunos genios discolos y ambiciosos, preparáronse los ánimos á una revolución que debía privar á la España de aquellas ricas y vastas regiones; revolución que si bien no tuvo otro objeto formal que la emancipación é independencia de ambas Américas, sin embargo refluyó mucho en daño de la Religión, ya por los desórdenes consiguientes á una guerra civil en que por tantos años ardieron aquellos países, ya tambien y principalmente por el estado de viudez en que quedaron muchas de sus iglesias, habiendo muerto algunos prelados y vistose otros obligados á salvar su vida en la fuga. Pero no nos ocupémos de los sucesos que pertenecen á una época mas avanzada. (N. del E.)